

Los cristianos en Europa: “transfusión de memoria” para un nuevo humanismo

Josep M. Margenat Peralta, SJ

Profesor de Historia de las ideas políticas y de Historia de la Iglesia.
Universidad Loyola Andalucía y Facultad de Teología de Granada
E-mail: margenat@uloyola.es

Recibido: 17 de abril de 2017
Aceptado: 19 de abril de 2017

RESUMEN: En la actual crisis de identidad europea, el cristianismo puede y debe jugar un papel. Este es el centro de un mensaje que emiten destacados dirigentes europeos, políticos, intelectuales y líderes religiosos. Europa está llamada a la búsqueda y el desarrollo de un “nuevo humanismo” desde el que realizar estas operaciones esenciales: recuperar la memoria de los procesos largos y complejos y ampliar la mirada abierta a un nuevo horizonte de esperanza. También es el centro de la invitación reciente del papa Francisco: la “transfusión de memoria” para un humanismo abierto. Desde el siglo primero esta ha sido la aportación cristiana a la construcción europea y sigue siendo el núcleo del actual desafío europeísta.

PALABRAS CLAVE: construcción europea, cristianismo europeo, generación de procesos, jóvenes generaciones, nuevo humanismo, padres fundadores, transfusión de memoria.

1. En el principio fue Europa

En Ratisbona el papa Benedicto XVI (12 de septiembre de 2006) se ceñía a la séptima “controversia” del emperador bizantino Manuel II Paleólogo a finales del siglo XIV para presentar el actual dilema de la comprensión auténtica de Dios en nuestro tiempo. Para el papa Ratzinger no hay disociación entre razón y fe: esto es lo que representa Europa, la unidad

intrínseca entre Atenas, Jerusalén y Roma, entre ciudadanía, alianza y ley, entre las ciudades terrestres y la ciudad de Dios. Europa no se puede decir con una sola palabra. Europa es síntesis y necesita tres palabras. Aunque es bien cierto que Europa tiene raíces y horizontes cristianos, éstos no bastan para comprender Europa. Europa es razón y fe, es palabra libre y es cucha obediente.

«Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primero de toda la Escritura, san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: ‘En el principio ya existía el Logos’» (discurso de Ratisbona).

Logos significa razón y palabra, una razón creadora y capaz de ser comunicada. Ésa es la razón de ser de nuestra cultura europea, ser una tierra del *logos*. En el principio existía el *logos que es Dios*. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no fue una casualidad. San Pablo, bloqueado en Asia, vio en sueños a un macedonio que le suplicaba: «Ven a Macedonia y ayúdanos» (Hch 16, 6-10). Aquí comienza el sueño cristiano de Europa o el sueño europeo de los cristianos, una creencia, ésta, hasta entonces de origen asiático. Aquí comenzó el sueño de “una Europa del Espíritu” (cardenal Martini). San Lucas expresó así “la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego” (discurso de Ratisbona) y concluyó su doble evangelio con san Pablo en Roma, predicando el Reino de Dios desde una casa particular y enseñando lo del Señor Jesús con valentía, sin estorbos y con libertad, abriendo la misión al futuro desde el centro del tiempo, desde el centro del mundo, desde el corazón de

aquella Europa romana. La metafísica griega, el derecho romano y la religión judía son tres productos históricos gigantescos del espíritu humano, escribía Xavier Zubiri, quien concluía:

«haberlos absorbido en una unidad radical y trascendente constituye una de las manifestaciones históricas más espléndidas de las posibilidades del cristianismo»¹.

Europa se hizo inspirándose en una triple e integral herencia cultural, religiosa y humanista, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales y los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la democracia, el pluralismo, la igualdad y el Estado de derecho. Europa nació para establecer un espacio de libertad, de seguridad y de justicia, “un espacio privilegiado para la esperanza humana” (preámbulo del Tratado de la Unión Europea). Europa se enraíza y se proyecta a partir de una síntesis del espíritu cívico helénico, la gratitud judeo-cristiana y la universalidad romana. Europa no nació del cristianismo, sino en un suelo ya abonado por Roma (R. Brague, D. Negro) y, por otra parte, el cristianismo

¹ X. ZUBIRI, *Naturaleza. Historia. Dios*, Alianza-Fundación Xavier Zubiri, Madrid 1994, 20.

tampoco es una religión exclusiva o principalmente europea sino universal, pero Europa forma parte esencial del sueño cristiano.

Hasta el siglo VIII hubo más de diez papas no europeos como obispos de Roma, y hoy vuelve a serlo un no europeo, “llegado del fin del mundo”. En el siglo VIII, Esteban II fue el primer Papa elegido entre el patriciado arruinado de Roma. El anterior obispo de Roma había sido un sirio que miraba a Bizancio e imploraba una ayuda económica y militar que no llegaba nunca. Esteban se cansó y miró al noroeste. Había un mayordomo en el palacio de los reyes merovingios que quería hacer carrera y le preguntó al Papa quien debía ser rey: ¿el que llevaba “regimiento” la corona o el que “realmente” cargaba con su responsabilidad? El Papa respondió que el segundo. El hijo del mayordomo fue rey. Con base patrimonial en Renania, la familia de Pipino ocupó las regiones de Borgoña, Aquitania, Provenza y Septimania y paró a los árabes-bereberes en Poitiers. Años después, el Papa cruzó los Alpes al encuentro de Pipino y le reconoció “patricio de los romanos”, aunque fuese un “bárbaro”. Europa estaba renaciendo. Pipino se hizo protector de la Iglesia, otorgó al Papa el ducado de Roma por la “donación” de Quierzy y gran parte de la Italia central y el Papa le reconoció como

rey. Unos años después, en lo que muchos quieren ver el origen de la Unión Europea, Carlomagno era quien viajaba a Roma para ser coronado emperador por el Papa. Comenzaba una larga historia de más de mil años del imperio romano europeo, aquejado de vicisitudes diversas que lo iban vaciando paulatinamente de sentido, especialmente en los últimos siglos, como es bien conocido, hasta acabar siendo un decorado de la ópera imperial vienesa en el siglo XIX. Durante al menos esos mil años, la Iglesia católica fue un factor constitutivo de Europa que tras la “reforma gregoriana” (siglo XI) proporcionó aquella unidad de acción permitida por el desarrollo de un derecho canónico que humanizaba el rigor formal del derecho romano, dos de las fuentes esenciales de nuestra cultura institucional europea².

2. Los padres fundadores

No es fácil saber quién fue el primer europeo cristiano. Para unos, el citado Carlomagno o uno de los cuatro grandes santos medievales, reformadores y roturadores de tierras y de culturas: Benito, Grego-

² Cf. CONSEJO DE REDACCIÓN, “Más allá de la Constitución: Europa entre raíces cristianas y laicidad”, en *Revista de Fomento Social* 59 (2004), 727-749.

rio, Isidoro o Bonifacio; para otros, uno de estos santos con las que respiran ambos pulmones europeos, oriente y occidente, el mediterráneo y el norte: otra vez Benito de Nursia, los evangelizadores del oriente eslavo, Cirilo y su hermano Metodio, la santa dominica italiana y doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, la santa nórdica madre, reina y fundadora, Brígida, y por último la filósofa alemana y monja carmelita Teresa Benedicta de la Cruz, “aniquilada” como Edith Stein por su condición judía, lo que incorporaba a la “fundación” europea el hecho de la *shoah* sin darle un sentido que no tuvo, sino sólo como pregunta.

La edad media fue un invento renacentista para “dé-construire” (*avant la lettre*) una época, un milenio entero, entre una antigüedad romana “clásica” y una recuperación postmedieval que había de consistir en un verdadero “renacimiento” del humanismo clásico. Sin embargo, historiadores notables han escrito sobre la existencia de una “modernidad del siglo XII” (Le Goff), la que conocieron y protagonizaron sin ir más lejos Bernardo de Claraval, fallecido a mediados del s. XII, Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Dante, Ramon Llull y maestro Eckhart, los últimos fallecidos entrando ya en el siglo XIV. Ciertamente aquélla fue una mo-

dernidad europea y cristiana que duró hasta bien entrado el siglo XVI, cuando Europa y la *res publica christiana* dejaron de ser sinónimos por la irrupción desmedida de los estatismos y más tarde de los nacionalismos exacerbados. El nombre de Carlomagno se había unido con el título geográfico de “rey y faro de Europa”. El mito político universalista imperial romano se mantuvo hasta la batalla de Mühlberg (1547), la inmortalizada por Tiziano para el palacio real del último emperador coronado por un papa en Bolonia (1530): Carlos de Gante. Alguna generación posterior, la del jesuita granadino Francisco Suárez (1548-1617)³, ya no se veía reflejada en la vieja idea imperial y “clavó el estilete de la crítica histórica” (García Villoslada) y jurídica en el “hinchado” globo imperial europeo. Frente a la “monarquía universal” de Dante Alighieri, Suárez en *De legibus* y en *Defensio fidei* concibió y diseñó otra utopía, no la de un imperio universal que aún soñaría años más tarde el jesuita portugués sebastianista António Vieira, sino la de una construcción internacional levantada más allá de las ruinas imperiales, en la que pudiese pensarse en una familia o sociedad de naciones, germen de una construc-

³ Cf. R. GARCÍA VILLOSLADA, “La idea del sacro romano imperio, según Suárez”, en *Razón y Fe* 138 (1948), 285-311.

ción inter-estatal que dejase atrás el modelo del imperio sacral. Suárez pensó en una *res publica*, una comunidad internacional, para lograr la estructuración orgánica del mundo y la convivencia pacífica de todas las naciones; para ello no había que soñar en la restauración de imperios mundiales, sino en una comunidad internacional pacticia de naciones autónomas, incompatible con los nacionalismos aislados, asfixiados en su soledad o embravecidos con la guerra.

Cuatro siglos más tarde (1957) se logró el consenso, aunque tardase. Había voluntad y se logró. Había necesidad de que una guerra en suelo europeo no fuese nunca más posible, ni siquiera imaginable, y para ello habría de implantarse de forma general un sistema de economía social que fuese justo y un Estado liberal que lo defendiese: la economía social de mercado y el Estado social y democrático de derecho. En el congreso de Bad Godesberg en 1959, la socialdemocracia alemana abandonó la ideología marxista como único marco referencial y se convirtió en una organización política de “amplia base”. En ese congreso se aceptó la economía de mercado con la copropiedad de los trabajadores, la cogestión empresarial y el salario-inversión que ponía las bases de un sistema capitalista social mixto. El

influjo del jesuita Oswald von Nell-Breuning fue decisivo y de él era también el conjunto de cambios legales que desde 1948 el ministro, y luego canciller, Ludwig Erhard había ido introduciendo. Socialistas, democristianos y liberales pactaron el consenso fundador del sistema europeo de Economía social de mercado⁴. Ésta fue una aportación cristiana a la construcción europea actual y no de las menores.

Ésta era la Europa que acababa de recibir el acta de nacimiento con el Tratado de Roma, hace 60 años, en la fiesta de la Encarnación del Señor. Entre los padres fundadores e inspiradores de la Europa unida, social y democrática había muchos cristianos (y otros que no lo eran, al menos explícita y eclesialmente). Entre los primeros, Alcide De Gasperi, Charles de Gaulle, Denis de Rougemont, Georges Bidault, Giorgio La Pira, Giuseppe Dossetti, Jacques Maritain, Konrad Adenauer, Ramon Sugranyes de Franch, Robert Schuman o Walter Halstein. Muchos de ellos son personalidades muy conocidas, otros no tanto. Hubo otros muchos a quienes nos referiremos. Podríamos agruparlos y detenernos tan

⁴ Cf. CONSEJO DE REDACCIÓN, “Un sistema de Economía social de mercado para una Europa solidaria, responsable y productiva”, en *Revista de Fomento Social* 67 (2012), 5-29.

sólo en alguno de los nombres y sus aportaciones más destacadas.

En la gran familia democristiana o *popolare*, así como entre los socialistas que también son cristianos, no habría que ignorar los nombres del primer Defensor del pueblo y profesor de Filosofía del Derecho, el español Joaquín Ruiz-Giménez Cortés (1913-2009), que protagonizó una transición desde el “apoyo condicionado” a la dictadura de una parte de los católicos a una explícita oposición cristiana, crítica y democrática en una revista como *Cuadernos para el Diálogo* (1963-1978), inspirada inicialmente en una lectura contextualizada en España de la encíclica *Pacem in terris* (1963) y en un partido como Izquierda democrática; el dirigente italiano inspirador del “compromesso storico”, Aldo Moro (1916-1978), fue otro de los grandes dirigentes cristianos europeístas⁵, al que podemos añadir entre los italianos los nombres de Giuseppe Dossetti o Giorgio La Pira. La primera mujer jefe del gobierno en Portugal, y embajadora en la UNESCO, Lourdes Pintasilgo (1930-2004), química, militante socialista, dirigente católica feminista y líder eclesial fue una destacada europeísta, como lo es António

Guterres (1949), dirigente católico, quien tras haber sido presidente de la República y de la Internacional socialista, actualmente se desempeña como secretario general de la ONU. Por último, recordemos en este apartado a un catalán europeo como Ramon Sugranyes de Franch (1911-2011), exiliado en Suiza tras la guerra española, participante desde Friburgo de Suiza en aquella familia del espíritu que formaban los Maritain, Vera, Raïssa y Jacques, el teólogo y cardenal Charles Journet (1891-1975), el cardenal Vidal i Barraquer, también exiliado y fallecido en Suiza (1943), y el diplomático y más tarde pastor en Milán y papa, Giovanni Battista Montini. Esas “familias de espíritu” son las que también han hecho posible la Europa de los consensos, de los encuentros y de la reconciliación, como en otro orden la comunidad monástica de Taizé, fundada por el suizo Roger Schutz, que durante muchos años ha convocado a la reconciliación y la convivencia a jóvenes europeos en Borgoña. La espiritualidad ecuménica así como las asambleas eclesiales del llamado “proceso de Helsinki” de la Conferencia de Seguridad y Cooperación europeas han sido factores decisivos de la europeización de las Iglesias cristianas y de la resolución de anclados enfrentamientos entre pueblos.

⁵ Cf. R. MORO, “Aldo Moro en la historia de Italia”, en *Revista de Fomento Social* 71 (2016), 629-637.

También hay otros eclesiásticos que han destacado por su reflexión en la construcción europea: el ya citado jesuita Oswald von Nell-Breuning (1890-1991), filósofo social católico y economista, padre e inspirador del sistema de economía social de mercado consagrado constitucionalmente en la segunda posguerra; el sacerdote siciliano Luigi Sturzo (1871-1959), que fundó el primer *partito popolare* en Italia y tuvo que exiliarse a Londres por causa de la dictadura mussoliniana; el cardenal de Milán, Carlo Maria Martini (1927-2012), líder del episcopado europeo en los años de transición postcomunista; el ensayista y movilizador socio-cultural toscano y religioso escolapio Ernesto Balducci (1922-1992) que fundó la revista católica *Testimonianze* y promovió los Congresos por la paz y la civilización en Florencia, quien con el sacerdote Lorenzo Milani y el citado alcalde Giorgio La Pira, quiso hacer de Florencia un laboratorio de paz, la llamada *germinazione fiorentina*. Y no en último lugar, uno de los actores más relevantes en el último cuarto de siglo, sin duda el mismo papa polaco Karol Wojtyła (1920-2005), siendo ya arzobispo de Cracovia y más tarde obispo de Roma.

El historiador y luego primer ministro polaco Tadeusz Mazowiecki (1927-2013) al lado de otros inte-

lectuales de aquel país, fue uno de los más señeros impulsores y constructores de pensamiento europeo en la transición postcomunista del este europeo; el intelectual donostiarra animador de las “Conversaciones católicas internacionales” de San Sebastián, Carlos Santamaría (1909-1997); el escritor y filósofo suizo Denis de Rougemont (1906-1985); el jurista y politólogo austríaco y líder de la Unión paneuropea, Otto de Habsburgo-Lorena (1912-2011); Lorenzo Gomis y todo lo que el reunió y representó en torno a la barcelonesa revista *El Ciervo* y su cuidado de un “cristianismo abierto”, son otros tantos nombres representativos de ese fermento cristiano que nutre a Europa. Como intelectuales cristianos españoles que han ejercido un papel decisivo y significativo en la construcción europea más reciente, uno desde la vertiente más estrictamente política, el otro desde una más nítidamente académica: el diputado democristiano y ministro vasco Marcelino Oreja (1935), jurista y diplomático, secretario general del Consejo de Europa en 1984, y el internacionalista sevillano Juan Antonio Carrillo Salcedo (1934-2013), profesor de Derecho, juez del Tribunal europeo de derechos humanos de Estrasburgo y jefe de gabinete del anterior cuando aquél fue ministro. Otros nombres, como el de Maurici Serrahi-

ma (1902-1979) o el de Llibert Cuatrecasas (1934), dirigentes ambos de Unió Democràtica deben ser recordados. Obviamente, también el Movimiento europeo en España ha sido semillero de europeístas, intelectuales y políticos católicos como el vasco Manuel de Irujo y Ollo (1891-1981), Fernando Álvarez de Miranda (1924-2016), Carlos María Bru Purón (1927), José María Gil-Robles Gil-Delgado (1936), Enrique Barón (1944), presidentes ambos del Parlamento europeo, o, por último, Eugenio Nasarre Goicoechea (1946).

De todas formas, siempre habrá que recordar y recuperar el pensamiento de los llamados padres fundadores, la tríada clásica, junto a Jean Monnet, formada por Adenauer, De Gasperi y Schuman. Muchos de ellos fueron “hombres de frontera”, con vocación de restañar heridas y abrir alamedas para la paz. Alcide De Gasperi (1881-1952) había nacido en el Tesino, entonces región italiana cisalpina integrada en el Imperio austrohúngaro; fue universitario en Viena y diputado en el parlamento austriaco desde 1911 a 1918 y, como representante de una pequeña comunidad lingüístico-cultural en un gran imperio multinacional, adquirió una visión global de la vida política, una amplia cultura y un ideario germinalmente europeísta. Fue creador, con

el mencionado Sturzo, del *Partito Popolare* italiano y más tarde dirigente y fundador de la *Democrazia cristiana*. Durante la dictadura de Mussolini fue un activo militante antifascista, llegando incluso a recluirse en el Vaticano durante parte de la guerra, y tras la victoria presidió ocho gobiernos italianos entre 1945 y 1953, apoyando abiertamente la integración de Italia en la OTAN y en la CED (Comunidad Europea de Defensa). Con Robert Schuman a quien le unía parecida experiencia de “hombre de la frontera” y con el alcalde de Colonia y primer jefe del gobierno de la República federal alemana, Konrad Adenauer, tuvo un protagonismo esencial en las primeras grandes etapas de la construcción de Europa. Entre éxitos y fracasos, nació entre ellos una unión, una solidaridad y una estima profundas. Alcide De Gasperi consagró los últimos años de su carrera a la construcción europea. Poco antes de su muerte en 1954 se convirtió en el primer presidente de la Asamblea parlamentaria de la CECA. Está abierto su proceso de beatificación.

La “paciencia del método democrático” e institucional es la forma de construir el porvenir. Europa se ha hecho con paciencia buscando la síntesis creadora. Lo que distingue a éste de otros intentos del pasado europeo es

«el hecho de que esta vez estamos no sólo afirmando principios y firmando tratados, sino que creamos órganos que funcionan eficazmente que están destinados a inculcar la idea y a asegurar su desarrollo [de Europa unida] ⁶».

3. Las jóvenes generaciones

Si, como enseñaba Bernardo de Chartres (siglo XII), “somos enanos a hombros de gigantes que nos elevan con toda su altura” para que veamos y vayamos más lejos, la memoria de los fundadores de la Unión Europea actual es digna de ser recuperada para que logremos “disponer el ánimo” en esta hora de Europa.

Romano Guardini en 1962⁷ propuso una Europa diaconal, una Europa del servicio desde la humildad. Para él Europa era una “disposición de ánimo” que encontraba y seguiría encontrando grandes obstáculos para su realización. Habría que preverla a tiempo, pues en esa radical humildad residía la grandeza y la novedad europeas.

⁶ A. DE GASPERI, *L'Europa. Scritti e discorsi* (M. R. DE GASPERI, editora; discurso “Le radici spirituali dell'Europa”, en el premio Carlomagno, 24-IX-1952), Morcelliana, Brescia 2004, 170-171.

⁷ R. GUARDINI, “Europa: realidad y tarea” (discurso por el premio Erasmo, 1962), en *Obras 1*, Madrid 1981, 26-27.

Uno de estos obstáculos había de ser el nacionalismo, pues construir Europa “supone previamente que cada una de sus naciones vuelva a pensar de otro modo su historia” y que comprenda su pasado a la luz de la constitución de ese nuevo proyecto. La construcción europea en los tiempos fundadores y ahora, en aquellos padres y en las jóvenes generaciones actuales, requería y sigue requiriendo cierta “dosis de auto-superación y profundización interior”. ¿Lo hemos logrado?

Hace más de cincuenta años advertía Romano Guardini que no era evidente que fuese a proponerse esa ascesis europea. Europa podía perder “su hora”, como Francia perder su alma (1941) o su libertad (1946), según la denuncia del jesuita, miembro de la resistencia, Gaston Fessard. Europa siempre fue un proceso frágil y, aunque se llegase a su unificación política, podría ocurrir que se fuese hundiendo en una mayor servidumbre destructora del ideal europeo. ¿En qué “hora” está Europa?

Tras la crisis, entonces aún reciente y no asimilada, del “Brexit” y ante la primera cumbre del Consejo europeo sin el Reino Unido (Bratislava, septiembre 2016), Jacques Delors invitaba a las nuevas generaciones a revivir los valores de los fundadores. En un párrafo central de su artículo escribía:

«Para que Europa encuentre de nuevo un impulso, debe prestarse una atención particular a la joven generación que, tanto en el Reino Unido como en el resto de países, está vinculada a los valores [europeos] y se siente europea, pero no se compromete aún en el combate político, pues no termina de creer en éste. Es esta generación, mejor que cualquier otra, la que traerá una renovación para Europa, y es a ésta a quien hay que convencer de la utilidad de comprometerse en el combate por un mundo mejor⁸».

El mensaje de este prestigioso europeísta, para muchos uno de los “padres fundadores” de la segunda generación, se enraíza en una sólida y exigente militancia cristiana primero en el sindicato y en su trabajo en la banca, más tarde en el segundo gobierno de Mitterrand, hasta que en 1985 pasó a ocupar la presidencia de la Comisión europea durante diez años, elevando el influjo y el relieve simbólico de la misma en todos los ámbitos. Delors desarrolló gran parte de su pensamiento y su espiritualidad en la “Vie nouvelle”, inspirada en el movimiento personalista de Emmanuel Mounier. Su

⁸ Cf. J. DELORS, “Aux jeunes générations de faire revivre les valeurs des fondateurs”, *Le Monde*, 15 de septiembre de 2016, 20.

decisiva contribución a la arquitectura europea es más destacable en lo concerniente al Acta Única (1986-1987) y al Tratado de Maastricht (1992-1993) que estuvieron en la base de la creación de la actual Unión Europea como la conocemos y de su moneda única, así como en la introducción del concepto de “subsidiaridad” recogido formalmente en el Tratado de Lisboa (2007-2009)⁹ como principio rector e inspirador de Europa, un concepto esencial en la arquitectura institucional europea actual de honda raigambre en el pensamiento social cristiano.

Delors afirma que ante la actual crisis de identidad europea, es esencial que la UE no parezca paralizada, elabore una agenda (lucha contra los desafíos mundiales del cambio climático, lucha contra el crecimiento de desigualdades, lucha por un desarrollo duradero e inclusivo, trabajo de promoción de los derechos humanos, por la integración segura de cada persona y contra la marginación y el abandono sociales). Todo esto solo será posible si los jóvenes ahora son “participantes activos en la promoción de una respuesta colectiva” ante esos desafíos.

⁹ En los tres casos, fechas de aprobación y entrada en vigor.

De la misma forma que Benedicto XVI advertía contra la pretensión de “reificar” y perpetuar los modelos sociales, pues la verdadera fisonomía de la esperanza cristiana nos lleva a concluir que “un progreso acumulativo sólo es posible en lo material”, pues

«en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento [al progreso material], por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio. Es verdad que las nuevas generaciones pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que éste no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. [...] Por eso, desde la libertad propia de cada generación, la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida. No obstante, cada generación tiene que

ofrecer también su propia aportación para establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía también para el futuro. Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan»¹⁰.

4. Un Papa venido del fin del mundo

Papa Francisco, un papa “venido del fin del mundo”, como a él mismo le gustó presentarse, pero de raíces recientes y profundas en el norte italiano del Piamonte y de la Liguria, en los bordes del imperio austro-húngaro y en tierras de frontera donde hispanos, franceses y tudescos se enfrentaron en el comienzo de la modernidad, ha interpelado a los europeos “en cristiano”, impulsando un nuevo sueño. Porque Europa puede perder su “hora”, pero también puede soñar y ganarla.

El papa Francisco ha hecho tres importantes discursos sobre Europa: en el Parlamento europeo de Estrasburgo (25 de noviembre de

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Encíclica Spe salvi* (2007), nn. 24-25.

2014)¹¹, en la entrega del premio Carlomagno en Roma (6 de mayo de 2016) y en el discurso a los líderes políticos europeos en la celebración del sexagésimo aniversario del Tratado de Roma (24 de marzo de 2017). Europa comunidad de memoria y de futuro. Muchos han sido los trazos coincidentes de ese mensaje, por lo que podríamos señalar los más comunes y reiterados y algún acento más original en alguno de ellos.

En su discurso por el premio Carlomagno, Francisco casi al final, antes de “decir en voz alta” nueve sueños para Europa, se refirió de forma autocrítica y expresa a los jóvenes, subrayando algunos elementos de su deseable actuación en Europa:

«Nuestros jóvenes desempeñan un papel preponderante. Ellos no son el futuro de nuestros pueblos, son el presente; son los que ya hoy con sus sueños, con sus vidas, están forjando el espíritu europeo. No podemos pensar en el mañana sin ofrecerles una participación real como autores de cambio y de transformación. No podemos imaginar Europa sin hacerlos partícipes y protago-

nistas de este sueño. He reflexionado últimamente sobre este aspecto, y me he preguntado: ¿Cómo podemos hacer partícipes a nuestros jóvenes de esta construcción cuando les privamos del trabajo, de empleo digno que les permita desarrollarse a través de sus manos, su inteligencia y sus energías? ¿Cómo pretendemos reconocerles el valor de protagonistas, cuando los índices de desempleo y subempleo de millones de jóvenes europeos van en aumento? ¿Cómo evitar la pérdida de nuestros jóvenes, que terminan por irse a otra parte en busca de ideales y sentido de pertenencia porque aquí, en su tierra, no sabemos ofrecerles oportunidades y valores?»

Un año más tarde, en el discurso ante los líderes europeos para el sexagésimo aniversario del Tratado de Roma, ha vuelto a incidir en esta cuestión capital:

«La unidad de Europa es fruto, en efecto, de un proyecto claro, bien definido, debidamente ponderado, si bien al principio todavía muy incipiente. Todo buen proyecto mira hacia el futuro y el futuro son los jóvenes, llamados a hacer realidad las promesas del mañana. Los padres fundadores, por tanto, tenían clara la conciencia de formar parte de una empresa colectiva, que no sólo traspasaba las fronteras de los Estados, sino también las del

¹¹ Cf. CONSEJO DE REDACCIÓN, “Revivificar una comunidad de memoria y de progreso. El papa Francisco en el Parlamento europeo”, *Revista de Fomento Social* 69 (2014), 377-393.

tiempo, a fin de unir a las generaciones entre sí, todas igualmente partícipes en la construcción de la casa común».

Europa debe hacer hoy un ejercicio de memoria, no tanto por un deber cuanto por una racionalidad práctica que le permita afrontar los desafíos del futuro. Es a este ejercicio al que el Papa convocó al recibir el premio Carlomagno. Según Francisco, los padres fundadores de Europa supieron buscar vías alternativas e innovadoras en un contexto marcado por las heridas de la guerra, tuvieron la audacia no sólo de soñar la idea de Europa, sino de transformar modelos de violencia y destrucción, buscaron soluciones multilaterales a problemas, y fueron generando procesos¹². En ese mismo discurso se preguntaba y se respondía. Éstas eran sus palabras:

«¿Qué te ha sucedido Europa humanista, defensora de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad? ¿Qué te ha pasado Europa, tierra de poetas, filósofos, artistas, músicos, escritores? ¿Qué te ha ocurrido Europa, madre de pueblos y naciones, madre de grandes hombres y mujeres que fueron capaces de

defender y dar la vida por la dignidad de sus hermanos?»

Francisco continuaba recordando lo que el escritor rumano judío Elie Wiesel, superviviente de los campos de exterminio nazis, pedía como necesidad hodierna la “transfusión de memoria”, y continuaba el Papa:

«Es necesario ‘hacer memoria’, tomar un poco de distancia del presente (...) La memoria (...) nos dará acceso a aquellos logros que ayudaron a nuestros pueblos a superar positivamente las encrucijadas históricas que fueron encontrando. La transfusión de memoria nos libera de esa tendencia actual, con frecuencia más atractiva, a obtener rápidamente resultados inmediatos sobre arenas movedizas...».

Desde 1987 la historia es conocida, pues ese año el pintor A. Heitz que había trabajado en el Consejo de Europa, reveló que hizo un diseño de bandera parecido al propuesto anteriormente por Salvador de Madariaga, el español europeísta más reconocido de la primera generación y fundador del Colegio de Europa, y para ese diseño Heitz dispuso las doce estrellas en un círculo. El diseño evocaba la corona de doce estrellas, tema muy frecuente en la iconografía mariana, para el que Heitz se inspiró en una

¹² FRANCISCO, *Exhortación apostólica post-sinodal Evangelii gaudium* (2013), n. 223.

imagen de la Virgen en una vidriera de la catedral de Estrasburgo. La Asamblea consultiva se decantó por esta versión y recomendó al Consejo su adopción.

Alguna vez Adela Cortina ha sugerido que el éxito del cristianismo en Europa es precisamente el de su desaparición, una muerte de éxito. Los valores de solidaridad, respeto, libertad, justicia o reconocimiento de la dignidad, vigentes en Europa, se inspiran mucho, ciertamente, en el legado cristiano. Pero secularizados y rutinizados son valores sin una gramática para declinarlos o conjugarlos. Están ahí inscritos, como estrellas en el firmamento, pero han quedado desregulados, huérfanos, inexpressivamente “dis-capacitados”. De Dios en Europa queda su sombra, como auguraba Nietzsche. Del evangelio quedan trazas vigorosas, pero ya anónimas, tan socializadas que no se sabe cómo conjugarlas. El rey de los belgas, Balduino, decía estas palabras en 1961 que bien podrían servir como conclusión:

«Europa, si quiere ser fiel a su misión propia y desempeñar su papel en el diálogo de los pueblos,

no puede limitarse a defender la herencia del pasado. Le incumbe ser la vanguardia del progreso tanto material como espiritual».

Si Europa quedase tan sólo como un atractivo logotipo de doce estrellas sobre fondo azul sin saber lo que éstas evocan y a lo que convocan, el sueño se desvanecería hasta hacerlo irreconocible. No hay nunca ningún proceso histórico garantizado para siempre. El cristianismo puede vigorizar el proyecto europeo, paciente, institucional, democrático y solidario, iniciando una nueva peregrinación desde la comodidad de las tierras conocidas a la propia y auténtica radicación en un proceso de sentido. Hay que iniciar, como quiere el papa Francisco, procesos de “transfusión de memoria”, generar procesos más que ocupar espacios, conversaciones en las plazas más que vallas publicitarias invasoras de la ciudad. Si Europa se hizo peregrinando (Goethe), sería empobrecerla convertirla en una agencia de gestión de un logo bello y no hacerla buscar la estrella en el firmamento. Europa se hará peregrinando. ■